

Criminal

roca editorial



TRAGO AMARGO

F.G. HAGHENBECK



John Huston, Elizabeth Taylor, cinco pistolas de oro con balas de plata y un asesinato en mitad del rodaje de *La noche de la iguana* son parte del primer caso del detective *beatnick* Sunny Pascal.

Trago amargo



Trago amargo

F. G. Hagenbeck

Rocaeditorial

© F. G. Haghenbeck, 2006
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

Primera edición: junio de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-006-9
Depósito legal: M-23.249-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

I.	Martini seco	11
II.	The zombie	15
II.	Mint julep	21
IV.	Margarita	25
V.	Cuba libre.....	29
VI.	Tequila con sangrita (versión Jalisco)	33
VII.	Huracán.....	39
VIII.	Gimlet	45
IX.	Bloody Mary.....	51
X.	Hanky-panky.....	55
XI.	Tom Collins.....	59
XII.	Lolita	63
XIII.	Ruso blanco.....	69
XIV.	Sidecar	75
XV.	Blue lagoon	79
XVI.	Negroni	83
XVII.	Mojito.....	87
XVIII.	Daiquirí	91
XIX.	Manhattan	95
XX.	Kamikaze.....	99
XXI.	Piña colada	105
XXII.	Mai tai	111
XXIII.	Sangrita estilo Texas	119
XXIV.	Salado	125
XXV.	Gibson	131
XXVI.	Martini iguana.....	135
	La última copa.....	137

Para Bill «el Chief» y Silvia, por el cariño, el apoyo, y el haber tomado prestado parte de su vida para esta novela. Prometo devolverla cuando la deje de usar.

Todo el mundo debería creer en algo. Yo creo
que voy a seguir bebiendo

GROUCHO MARX

Uno puede beber mucho, pero nunca demasiado

EDWARD BURKE

El alcohol es la anestesia para poder soportar la
operación de la vida

GEORGE BERNARD SHAW

I

Martini seco

6 medidas de gin
1 medida de vermut blanco seco
Aceitunas de coctel
Cubos de hielo

Mezcle las bebidas con el hielo en el vaso mezclador, agitándolo para escarchar. Sirva en una copa de coctel. Adorne con una aceituna en palillo. Bébalo mientras oye a Frank Sinatra cantando *Witchcraft*.

13

El origen del martini es incierto. Se creó en 1870 en California. Para algunos se inventó en San Francisco y su autor habría sido un cantinero llamado Martínez. Para otros nació en la ciudad de Martínez. De ahí su distintivo nombre. Al principio era más dulce, con medidas iguales en sus componentes. Se volvió popular en la época de la prohibición debido a la facilidad para destilar ginebra.

A más seco, menos vermut. Winston Churchill opinaba que sólo una mirada a la botella de vermut era suficiente. La aceituna le da el toque final. Quizás sólo sea un adorno, pero para los mixólogos, los alquimistas modernos, es la que absorbe los malos espíritus del gin.

Es el coctel más reconocido del mundo. Norteamericano por excelencia, símbolo de fiesta, estilo y clase, ha sido la bebida preferida de famosos, escritores y presidentes: desde Ray-

mond Chandler, Dorothy Parker, Franklin Delano Roosevelt y John F. Kennedy hasta Luis Buñuel o Humphrey Bogart. Algunos le llaman con el elegante nombre de silver bullet. Su misma simplicidad es lo que lo vuelve maravilloso: sólo se necesitan dos ingredientes para crear algo tan sublime.

A la última toma del día en el set de filmación se le conoce como martini shoot.

No era tan alto como se veía en las fotos, sólo un poco más bajo que una palmera. Su voz tampoco era tan grave, sólo menos que una podadora de pasto. El director de cine le dio una chupada a su puro del tamaño de un rodillo, aromatizando todo el set. Su cara, debajo de un sombrero panamá calado hasta las orejas, tenía el gesto de un dios mirando a los simples mortales. Al verlo, pensé que reflejaba poder, el que sólo poseen los que manejan el negocio del cine. Y ése es el único poder que importa.

14

El director daba indicaciones a su gente: técnicos, asistentes, actores, productores, residentes contratados como extras y decenas de curiosos alrededor de las cámaras. Un grupo que trabajaba para hacer realidad su sueño: su película.

Sentí pena por ellos, totalmente mojados en sudor por el extenuante clima. Yo bebía un martini tan seco que ahuyentaba la humedad. Richard Burton, sentado junto a mí, terminó el suyo. Pidió otro. Doble.

Me pregunté en cuál pierna guardaba todo el alcohol. Tenía más combustible dentro que la planta de gasolina que alimentaba la electricidad del lugar. Llevaba en el bar del set tanto tiempo que parecía que lo habían plantado allí hacía cien años. Mientras lo regaran con bebidas, podía quedarse cien más. Su papel en la película era el de un predicador alcohólico. Por todo lo que bebía, Richard Burton merecía el Oscar por su realismo, no por sus rezos.

Una periodista con cara de cacatúa le preguntaba si a Elizabeth Taylor le molestaba estar con él entre insectos, culebras, tarántulas, mosquitos y escorpiones en un pueblo perdido de México.

—Ella es una mujer dura. Pero es Liz. Camina tan delicada-

mente que parece una tarta francesa —le contestó con su acento escocés mientras masticaba la aceituna, su almuerzo del día.

Yo voltee a ver la escena que se estaba filmando. Era un diálogo entre «Lolita» y «la persignada». Sue Lyon seguiría siendo para mí la Lolita de su última película, así como para el resto del mundo. Pero era más conocida como personaje principal en los sueños eróticos de todo hombre. Su cuerpo infantil, coronado con esa cara de ángel malvado, olía tanto a sexo pederasta que uno sentía los veinte años de prisión. Pero sólo era pura imagen. Esa pollita estaba más cocinada que el pavo de la navidad pasada.

Deborah Kerr nunca me gustó como actriz. Ahora como «la persignada» me gustaba menos. Me recordaba a la familia de mi madre de Puebla. «Perro, perico y poblano, no los toques con la mano, tócalos con un palito pues es animal maldito», me decía mi familia. Tenían razón.

Sólo faltaba Ava Garner para tener una foto de todas las estrellas de la película *La noche de la iguana*. En ésta la Garner interpretaba a una mujer madura, ex amante del personaje de Richard Burton, que se dedicaba a tener sexo con los *muchos machos* del pueblo. Para eso, la señora Garner estaba en su cabaña ensayando su papel: se había encerrado con el cantante de un bar de la ciudad. Parecía que había encontrado su motivación, pues sus gritos eran tan penosos que Gabriel Figueroa había subido el volumen de su gramola. La ópera *Carmen* sonaba por todos lados, aderezada con el clímax de la señora Garner y la desafinada voz de tenor del fotógrafo.

Mi jefe, el productor Ray Stark, me miró con una sonrisa como si tratara de decirme que esos escenarios contruidos en la playa de Mismaloya eran el paraíso. Pero no supe leerle los ojos: me daba la bienvenida al infierno.

Todos los actores se odiaban entre sí y había más tensión sexual en el set que en una preparatoria mixta. El director estaba tan seguro de que terminarían matándose unos a otros, que había mandado a hacer cinco pistolas de oro, con cinco balas de plata, con el nombre de cada uno inscrito en ellas, incluyendo el del productor. El director era precavido, no incluyó la bala con su nombre. Aun así, mi jefe, el señor Ray Stark, parecía feliz con todo y con todos. No sabía por qué también con-

migo. Éramos tan distintos que podríamos provenir de diferente simio. Había hecho todo en su vida. Era famoso y millonario. Tal vez sólo le faltaba plantar un árbol.

¿Yo? Bueno, aún no sabía qué era. Para eso se necesita toda una vida. Sólo soy un sabueso *beatnik* de nombre Sunny Pascal. Mitad en todo: mitad mexicano, mitad gringo; mitad alcohólico, mitad surfer; mitad vivo, mitad muerto. Alguien con *half* español, mitad *english*.

Y estaba en el infierno.

Dos días antes había encontrado una de las balas de plata en un cuerpo tan muerto, que ni las moscas lo querían. Uno de los actores lo había matado. Mi trabajo era que nadie fuera a la cárcel. El muerto, muerto se quedaba.

Un ruido nos llamó la atención en el bar. Una lancha rápida llegaba a la filmación de *La noche de la iguana*. Una deslumbrante Elizabeth Taylor descendió en bikini color rosa. Ésa era la imagen de la mujer que había excomulgado el papa por su libertinaje. Si ella era la encarnación del pecado, éste era el más jugoso en carnes que hubiera existido desde María Magdalena.

16

Richard Burton, sin soltar su copa, miró con asombro el atuendo de su amante.

—¡Mira! ¡Ahora ya está vestida de tarta francesa! —le dijo a la reportera.

Los fotógrafos de periódicos de chismes no dejaban de disparar sus cámaras a la pareja más famosa del mundo. Yo terminé mi martini viendo el circo de cuatro pistas que habían montado.

El conjunto del set en Mismaloya era verdaderamente hermoso desde el ángulo del que se mirara: las montañas, el mar, la playa desierta, los amaneceres y atardeceres enmarcados por la selvática vegetación todavía virgen. Lástima por esa maraña de cables y lámparas. La modernidad había llegado a ese lugar, violándola como un duro marinero a una inocente niña.

El director se paró junto a mí.

—Sunny, cuídalos. Hay más reporteros en Puerto Vallarta que iguanas —lanzó su puro al mar, donde reventaban pequeñas olas fodongas en las piedras.

Yo no le dije nada. Casi nadie le puede decir nada a John Huston.

II

The zombie

1 medida de ron oscuro
1 medida de ron claro
½ medida de brandy
1 medida de jugo de papaya con naranja
1 medida de jugo de piña
Gotas de limón
Cubitos de hielo

17

Mezcle las bebidas con el hielo en el vaso mezclador o en una licuadora. Sírvalo en un vaso Tiki. Adorne con piña, cereza y menta fresca. Disfrútelo con el éxito de 1963 de los Venture's *Let there be drums*.

Quizás la más famosa de las bebidas Tiki nació en el bar Don the Beachcomber's. Su dueño, Donn Beach, un famoso restaurantero californiano, usó ron para sus cocteles por lo barato. El ron, antes de los treinta, era bebida de alcohólicos o marineros, pero él lo mezcló con jugos de fruta para que perdiera su sabor fuerte.

El zombie fue creado para un cliente asiduo que una noche traía cruda. Se lo tomó. Al rato regresó con Donn: se sentía como un muerto viviente. Las mezclas de Donn eran apreciadas por Clark Gable, Charlie Chaplin, Buster Keaton, Groucho Marx y Marlon Brando. Donn Beach se convirtió en el más famoso mixologista de California y el padre fundador de la cultura Tiki.

Unos meses atrás, aún no se habían borrado las imágenes del entierro de Kennedy, el mundo retornaba a su rutina como si nada hubiera pasado.

—Sunny, te pedí un zombie —me dijo Scott Cherries.

Apenas iba entrando al bar Luau de Beverly Hills, al este de Los Ángeles, y ya tenía servida mi bebida. La cereza me daba la bienvenida sonrosada. En una esquina del bar uno de esos nuevos grupos que en California se reproducen como conejos trataba de hacernos creer que eran buenos: tocaban una canción pegajosa llamada *Surf bird*.

Scott Cherries bebía de su vaso Tiki de cerámica, de esos con la esfinge de dios hawaiano o cara de policía de Tijuana. Scott coqueteaba con la camarera, una morena disfrazada de las Islas del Sur, pero que venía de Michoacán. Scott y yo nacimos el mismo año, pero él se ve más viejo, su kilometraje lo delata: es del tipo republicano con corte a lo Ike y lentes de armazón insultantes. Su calva te hace pensar en una bola de boliche y las rayas de su camisa en pistas de autos.

18

Bebí de mi copa. El primer trago fue tan refrescante como un chapuzón de agua fría. Casi pido una toalla para secarme. No eran más de las cinco, pero era ya tarde para un zombie, la música surf y para Scott Cherries. En especial para Scott.

Scott era uno de esos nuevos productores independientes que ahora tenía Hollywood. Después de la caída del imperio de las grandes firmas, cualquier persona con una cámara podía filmar una película. Su grupo había dado una gran refrescada al cine. A veces uno prefiere ver una película barata de Roger Corman que una gran producción, más efectiva que un par de valiums. Al menos, en el autocinema podías excederte un poco con tu novia.

Scott se tomaba el negocio del cine muy en serio. Conocía a todos, sabía todo, desde Sacramento hasta Tijuana. Si se encontraba a un fulano, tendría tratos con él. Las relaciones públicas, los saludos ruidosos y los cocteles se le daban. Yo sólo me quedaba con los cocteles.

Su juego en la industria era interesante. Sus cartas eran los derechos de libros, tiras cómicas, revistas *pulp* y hasta la vida de Duke Kahanamoku, el mejor y primer surfista. Si un director deseaba hacer una película con Súper Ratón, tenía que vér-

selas con Scott. Eso era una mano con corrida en Cinelandia. Además, color.

Warner acababa de comprarle los derechos de un viejo cuento del Dr. Seuss. Con ese dinero puso una oficina en Sunset Boulevard y se compró un Jaguar descapotable. Daría mis dos riñones y mi Woody por ese auto. Realmente es un sueño. Seguro lo venden con rubia incluida.

—¿Traes las fotos? Espero que no le hayas dicho a nadie. Es delicado.

No se lo discutí. A nadie le gustaría aparecer en los periódicos en una foto en el baño de hombres de un restaurante en Ensenada. Menos aún, si no fuera precisamente un restaurante. Peor, si ese baño no era tal y los hombres no eran totalmente hombres. Sería un desastre si eres Rock Hudson. A Doris Day se le podía permitir que no fuera virgen, pero no a su galán.

—Tuve que pagar más de lo acordado. Las fotos las tenían unos judiciales.

A Hollywood no le gusta tener tratos con la policía. Mucho menos con la policía mexicana. Por eso me llaman. Si necesitan limpiar algo sucio, como dar mordida en Tijuana o ir a Rosarito porque Sal Mineo coqueteó con un mesero, llámenle a Sunny Pascal: «Es un *Mexicanbean*, un *greaser*, él sí puede ensuciarse las manos». Los odio. Como si los productores, estrellas y políticos gringos no olieran peor que un baño de gasolinera de paso.

—Gracias, Sunny. Te debo una —me dijo Scott. Abrió el sobre cuidándose de que nadie lo viera. Pidió a la mesera hawaiana-michoacana un cenicero. Quemó todo.

Scott siempre me pasaba trabajos así. Él era el conocido de un conocido que tenía a alguien para algo delicado. Ese alguien era yo. Se lo agradecía mucho. Me mantenía para pagar la renta del departamento en Venice Beach y mandar un poco de dinero a Puebla. Mamá siempre me decía que no lo necesitaba, pero nunca me lo devolvía.

—Estuve la otra noche con un hombre, Ray Stark —cambió la conversación. Él sabía que nunca preguntaría sobre las fotos—. Ha producido obras en Broadway. Está casado con la hija de Fanny Brice —lo dijo como si ese nombre fuera tan conocido como el del presidente Lyndon Johnson.

—No me gusta el teatro. Tengo suficiente con mi drama familiar.

—Hizo mucho dinero como agente literario. Grandes cantidades. Él fue el agente literario de Raymond Chandler. Me platicó varias anécdotas.

Me miró con esa mirada que sólo los amigos te dan. Sólo los que pueden darte un golpe en la cabeza y decirte «Pendejo».

—Sólo un loco como tú trabaja de detective en Hollywood por leer sus novelas.

—No me gusta lo de detective, prefiero «seguridad personal», está en mis tarjetas.

Scott siempre se burlaba de mi tarjeta de presentación. Que dijera «Detective» era un cliché; pero trabajar en Hollywood como detective era un pleonasma.

Después de llegar de México a vivir con mi padre en San Diego, comprendí que no había sido buena idea. Así que comencé por mi lado: amaba el cine, el surf y a una pelirroja de Culver City. No veía motivo para regresar a México. Lo de seguridad privada fue idea de Scott.

—Terminamos hablando de ti.

—¿Acaso piensas venderle los derechos de mi vida?

—No. Va a comenzar a producir cine con financiamiento externo, lejos de los brazos de los estudios —continuó sin siquiera oír algo de lo que dije—, y lo va hacer a lo grande. Contrató a John Huston para su primer película. Tiene los derechos de una obra de Tennessee Williams.

—¿Pensaste en mí para el rol principal? Es dulce de tu parte, pero mi lado izquierdo no se ve tan bien en pantalla.

—La filmará en México. En un pueblo en la playa. Portal Vallarta —me dijo.

—Puerto Vallarta —le corregí.

A los gringos no les importa descomponer el español. Si los oyera Cervantes, se convertiría en bolche como Nikita Jrushchov, y juntos ya hubieran bombardeado Washington, Manhattan y Disneylandia.

—Quieren a alguien que pueda resolver problemas si algo pasa. Tú sabes, tratar con los policías locales.

—¿Por qué habría de haber problemas? Es sólo una película.

Scott pidió dos bebidas más. No me contestó, tenía esa sonrisa que sólo lograban los dibujantes de la Warner con Silvestre el gato después de comerse al canario.

—¿Te interesa? Es dinero fácil. Ellos filman en ese lugar maravilloso, tú te tomas un margarita, practicas surf y te acuestas con una local.

No contestó mi pregunta. Silvestre seguía en su cara.

—¿Buen salario?

—Más de lo que verás conmigo recogiendo excrementos de estrellitas detrás de la frontera.

El ron hacía su trabajo. Silvestre el gato no podía ser tan malo.